

PEQUEÑECOS....

NOVELA ESCRITA

—POR—

EL P. LUIS COLCMA.

—DE LA—

COMPañIA DE JESUS.

—TOMO SEGUNDO—

EDICIÓN DE "LA DEFENSA."

Imprenta Católica, calle Dr. Mier número 70.

MONTERREY,

1893

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Libro Tercero.

I.

Memorable fuè aquella noche... Pedro López aseguró al día siguiente bajo sus firma, en las columnas de *La flor de Lis*, que el espíritu de Mayerbeer había abandonado la mansión de las armonías, para inspirar en el Real el estreno de *Dinorah*. Algo impalpable y armónico que se reflejaba en las voces de los cantantes y en los ecos de la orquesta, lo había visto él, Pedro López, descender del carro de Febo que decora el techo, y difundirse por la atmósfera embriagadora de la espléndida sala...

También Villamelón había visto algo: sentado de espaldas al escenario en el fondo del palco, apoyada la pensadora cabeza en el débil tabiquillo y fijos los ojos en el techo, recibía de lleno el formidable soplo de aquel feísimo Eolo que por detrás del carro de Febo

parece lanzar pulmonías y catarros sobre las calvas, vistas en proyección, de los melómanos faltos de pelo.

Currita, sentada en primer término frente á Leopoldina Pastor, hallábase arrobada por aquel sublime terceto de la campanilla, final del primer acto, cuando retumba el trueno á lo lejos entre los sordos bramidos de los contrabajos y el suave murmullo de los violines, dulce, delicado, bellissimo, que parece revelar el hálito tibio de la tormenta que se acerca, el tenue susurro de las hojas de los árboles que sacuden ya las primeras ráfagas el vago perfume de la tierra que anuncia la cercana lluvia.

¡Che oscuro é il ciell!.....

Y Currita, tan conmovida como Dinorah misma, que intenta en vano detener á Bellak, la blanca cabra querida, miraba de reojo al palco del Veloz-Club donde charlando y riendo entre sí, asomaban Gorito Sardona, Paco Velez, Diógenes, Angelito Castropardo, y por detrás de todos, descollando entre ellos por su gallarda apostura y su aire altanero, Jacobo Sabadell, flechando los gemelos con descaradísima insistencia á otro palco que Currita no podía ver, porque estaba colocado justamente encima del suyo

—¡Delicioso!—decía Currita más y más conmovida, porque la cabra se escapaba en aquel momento, Dinorah corría en su busca, Hóel

arrastraba á Corentino medio loco de terror, y la orquesta se apagaba lentamente, *pianissimo* en un suave murmullo que dejaba sobresalir lejos, lejos, cada vez más lejos, hasta convertirse en un eco apagado, misterioso, mágico, las vibrantes notas de la campanilla de plata de Bellak, la cabra blanca (1).

El telón cayó entonces, y el público permaneció un segundo mudo, atónito, escuchando aún en aquel silencio que hubiera permitido oír la caída de una hoja, embargado por esa especie de pavor suavísimo que infunde en el alma el sentimiento de lo sublime. Una tempestad de bravos y de aplausos estalló al fin en el teatro, y Villamelón salió entonces de su atrobamiento, exclamando con aire de reconcentración profunda;

—¡Lo dije!...—El *vol-au-vent* de codornices, se me indigesta siempre!

Currita, prescindiendo también de su emoción artística, inclinóse vivamente al oído de Leopoldina, para preguntarle rabiosa y preocupada:

—Pero mujer...—¿A quién mirará tanto Jacobo en ese palco de arriba?

Leopoldina volvió lentamente la cabeza, con ese arte inimitable que tienen las mujeres para ver sin mirar, y echó una rápida mirada al palco del Veloz. La *gargonnière* andaba revuelta, y Jacobo de pié en el palco, flechaba los gemelos con distinguidísima insolencia, en

[1] El análisis técnico de esta ópera, está tomado de un artículo crítico del Sr. Peña y Goñi.

la dirección marcada por Currita, sin hacer caso de las chistosas observaciones, que á juzgar por sus risas, parecían hacerle los compañeros. Diógenes, mirando también hácia el mismo sitio, cogió á Jacobo por un brazo, y echó al mismo tiempo con la mano izquierda, una gran bendición en el aire. Riéronse los del palco estrepitosamente, y Leopoldina dijo muy seria.

—¡Anda!...—Ya los sacó Diógenes.....

Currita, muy alterada, volvió á preguntar:

—¿Pero quién puede estar ahí?....

Leopoldina, furiosa *dilettante* que recorría siempre de gorra todos los palcos del Real, tenía al dedillo los abonos de cada turno, y los abonados á cada localidad. Calculó en momento la dirección en que los del Veloz miraban y dijo al cabo:

—No sé quién pueda ser...—ese palco no está abonado.

Fernandito, con las manos en los bolsillos del pantalón, daba pataditas en el suelo, diciendo tímidamente:

—Estoy fastidiado...—¿Sabes, Curra?....

Curra nada sabía, ni parecía tampoco querer averiguarlo, y aconsejaba mientras tanto á Leopoldina que fuera en aquel entreacto á visitar á Carmen Tagle en su platea, desde donde podían perfectamente descubrirse las incógnitas ó incógnita del palco de arriba. Hízole á Leopoldina poquísima gracia la propuesta, pero érale imposible rehusar aquel pequeño servicio, á la amiga generosa, en cuyo

palco, coche y mesa, tenía un lugar siempre dispuesto; porque era Leopoldina de esas personas de la clase inferior, entrometidas y gorronas, que sufre toda especie de molestias y desaires á trueque de aparecer á los ojos del vulgo, codeándose en todas partes con las primeras figuras de la moda y de la grandeza. La faja de su hermano y la Capitanía general de Madrid, que desempeñó éste algún tiempo, habíanle abierto las puertas del *beau monde*, y allí se había encastillado ella y tomado carta de naturaleza.

Villamelón, dando sus pataditas, repetía por centésima vez muy angustiado:

—¿Saber, Curra?...—Malo estoy.

—Fernandito,—¡por Dios!.....No me lo digas....

—Indigestión...—El *vol-au-vent* de codornices. Lo tengo dicho: siempre se me indigesta. ¿Me entiendes?.....

—¡Vaya por Dios, vida mía!...—Mira, pasea un poquito y eso te vendrá bien...Acompaña á Leopoldina y vuélvete pronto.....

Y cada vez más impaciente, advirtió á ésta por lo bajo:

—Que no se huela Carmen á lo que vas..... Mira que las pesca al vuelo.

Villamelón, haciendo figuras, se atrevió á decir:

—Quizá en casa....

—¿En casa?...—Jesús, hijito mío, y ¿que te vas á hacer allí solo?.....¿Y si te da algo?...

No, por Dios; ve con Leopoldina, y vuélvete despacito.

El Duque de Bringas entrò en el palco, y á poco llegó el tío Frasquito acompañando á su sobrina Valdivieso, que rebosaba como siempre entusiasmo y necedad, chismes y enredos.

La Ortolani era un portento. ¡Qué *berceuse* aquella: *Si carina, caprettino!*... El tío Frasquito no estaba conforme: gustábase más la romanza *L'incantator della montagna*, y estábala ensayando en la flauta, sin cuidarse para nada del percance del rey Midas, que desde mucho tiempo ántes le tenía pronosticado Diógenes. El Duque de Bringas estaba muy enfadado porque no le llenaba la partitura; aquello no era sino una ópera cómica francesa, convertida en ópera italiana: en cuanto á la Ortolani, ¡psch!.....no vocalizaba mal, pero ¡estaba tan flaca!.....

—¡Cómo si tuviera que cantar con los mo-fletes!—exclamó María Valdivieso con muy buen sentido.

Y variando de conversación, púsose á contar á Currita, una historia muy chistosa de la Duquesa de Bara, que se hallaba un poco más abajo, en el palco de los consortes López Moreno, restaurados ya en su trono de Matapuerca. Lucy se casaba al fin con Gonzalito, conformándose la Duquesa á tragarla por nuera. Paco Velez se lo había dicho.

—¡Ya me lo figuraba yo!—exclamó Currita con ualigna complacencia. Si quien habla mal de la pera, la bendice y se la lleva.

—¡Exacto!—lo mismo dijo Paco Velez.... Ahí los tienes á los dos tan amartelados en el palco, publicando las amonestaciones.... ¡Dice Paco Velez que ha habido unas historias!... López Moreno sitiò á Beatriz por hambre, y entre el embargo y la boda, no hubo más remedio que capitular. Beatriz entrega el ducado, el otro perdona la deuda y pata. Pero lo más chistoso es, que Lucy dota á Gonzalito en cuatro millones.....

—¡Qué delicia!..—De modo que en caso de viudez, Gonzalo quedará siempre *Prince douairière*, es decir, *douairiér* de Matapuerca....

El Duque y el tío Frasquito creyeron morir de risa al oír la agudeza de Currita, y la Valdivieso añadió entre carcajadas:

—¡Exacto!..—¡Qué frace tan feliz!... Se la contaré á Paco Velez... *Le prince douairiér* de Matapuesca!.. Es menester que le dejemos el nombre: justamente andan muy afanados ahora, buscando el árbol genealógico de Lucy....

—Pues mira, mujer,—yo se lo daré hecho... En la primera rama que pongan al Mal Ladrón; y en la última á López Moreno ahorcado....

—¡Pero Curra, mujer, estás de vena esta noche!—exclamó muerta de risa la Valdivieso. Cuánto daría Beatriz porque el árbol de Lucy rematase de ese modo.... Dice Paco, que López Moreno está riquísima....

Aquí se detuvo como espantada un momento, y mirando atentamente hácia la sala, aña-

dió con su intemperancia ordinaria:

—Pero Mujer, —¿no has visto eso?...¿No ves allí á Jacobo con la Mazacán?...¡Pero qué escándalo!...¿Cómo permites tú eso?....

¡Vaya si lo había visto Currita!... Como el berrenchín que tenía por dentro era la nerviosa musa que inspiraba aquella noche sus aceras agudezas, y desde que terminó el acto no había perdido de vista un momento á Jacobo, viéndole comenzar su *tournee* por los palcos de las damas, que le recibían todas en palmas, mimándole y agasajándole con sus más encantadoras sonrisas y sus más dulces palabras. Isabel Mazacán sobre todo, parecía querer comérselo, y por dos ó tres veces, mientras le tuvo en el palco, lanzó al de Currita una mirada que parecía decirle: ¡Rabia de firmel...Él, acogía todos aquellos homenajes con la esquisita naturalidad, el desembarazo distinguidísimo del elegante de raza que se reconoce de moda, del *leader* del día, cuyos saludos se mendigan, sus frases se repiten, sus trajes se copian, sus toses y estornudos se numeran y comentan.

Jamás había otorgado Madrid un perdón tan generoso y tan amplio, como el que concedió al antiguo revolucionario, al saber su novelesca aventura de Constantinopla, y al verle entrar de nuevo en el redil aristocrático, á la sombra de Butrón y la Albornoz, arrepentido pero con la cabeza alta, no implorando protección, sino ofreciéndola á todo el mundo

Allá en los profundos rincones de los *boudoirs* y en los secretos conciliábulos políticos, murmurábanse cosas extrañas. Decíase en estos que Jacobo había prestado un gran servicio al partido restaurador, echando á pique con ciertos misteriosos papelitos, á tres personajes intrigantes y tramposos, que ávidos siempre de peder y dinero, habían querido en Biarritz, después de la caída de Amadeo, ingerirse traidoramente en la restauración del trono, que ellos mismos habían contribuido á hundir cinco años antes. Fuera ó no esto cierto, éralo sin embargo, que el respetable Butrón había aparecido de repente, cubriendo á Jacobo con el manto protector de su confianza, que Currita había proporcionado la desinteresada amistad de su caro esposo Fernandito, y que así en aquellos ocultos rincones de los *boudoirs*, como en las amplias aceras de las plazas públicas, designábanse á los tres personajes con los nombres de *el joven Telémaco*, *el prudente Mentor* y *la invulnerable Calipso*, murmurándose al mismo tiempo que Jacobo estaba arruinado, que el partido restaurador garantía su porvenir asegurándole una cartera en pago de sus servicios, y Currita atendía á su presente, con una esplendidez que amenazaba dar al traste, con la hasta entonces bien cimentada fortuna de la opulenta casa de Villamelón.

Y es natural,—había dicho una noche la Duquesa de Bara. Curra está ya muy *fanée*, y Jacobo no es ningún Juanito Velarde que se

mantenga con un destinillo de veinte mil reales.

Mientras tanto, Leopoldina Pastor entraba en la platea de Carmen Tagle, y besándola en ambas mejillas, decíale al oído:

—Vengo huida.....

—¡Mujer!...—¿Quién te persigue?....

—Curra —esa Curra, que es atroz, hija, atroz.....¡No vuelvo à presentarme en público con ella!...No me gustan evidencias; no quiero escándalos.....Por eso dije: aunque sólo sea este entreacto, me la quito de encima y me voy con Carmen.

—Gracias por la elección, querida.....

—Pues nada...—Empeñada en saber quién estaba en el palco de arriba.....Y todo porque *el otro* no hacía más que mirar para allá poniendo varas.....

Al decir esto Leopoldina, cogió à Carmen Tagle sus gemelos de nácar, y púsose à mirar hácia el palco que tanto inquietaba à Currita. Había en él dos señoras, una jóven, sentada en primera fila, y otra de edad ya madura, casi oculta en el fondo.....Parecía la primera una verdadera niña, delicada, fantástica, una de esas espirituales gatitas rubias que se crían à orillas del Sena, y suelen tener en efecto todas las solapadas mañas de la raza felina. Sentada de espaldas al escenario parecía no haber roto un plato en todos los días de su vida, y paseaba la vista por la espléndida sala, sin fijarla en ninguna parte, con esa indiferencia con que se mira una multitud del todo

desconocida: más bien que para ver, parecía estar allí para ser vista, y la exagerada elegancia algún tanto extravagante, de su traje de terciopelo negro con camelias rojas, indicaba claramente el plan preconcebido de atraer todas las miradas. Su compañera, que podía muy bien ser su madre, era una mujer muy flaca, de aspecto distinguido, con el pelo gris peinado à la inglesa, un traje de terciopelo negro cerrado hasta arriba, y un vistoso aderezo de brillantes falsos. Ambas parecían extranjeras, y en toda la noche habían cruzado entre sí una sola palabra.

Examinólas Leopoldina detenidamente, y dijo al cabo, meneando la cabeza:

—Negro y encarnado...—¡Malo!... Los colores del diablo....¿Y quiénes son esas individuos?.....

Carmen Tagle se echò à reir encogiéndose de hombros, y Leopoldina volvió à mirarlas, diciendo por debajo de los gemelos:

—Pues te digo que con el terciopelo que gastó la madre en cubrirse hasta las orejas, podía haber subido un poquito el escote de la hija.....¡Vaya con la indecente!..Y la chica es monísima...¿Cómo se llama?.....

—Si nadie la conoce...El mártes se presentó en ese mismo palco, vestida de blanco con camelias rosa...Ayer estaba en la Castellana en un milord muy bonito, con camelias blancas en el sombrero y en el pecho.....Hoy terciopelo negro y camelias rojas.....

—Pues ya tenemos nombre que darle,—exclamó Leopoldina riendo: *La dama de las camelias*....

Y sobre estos varios motivos improvisaron las dos amigas una alegre fantasía, hasta que Leopoldina volvió al palco de la Albornoz, momentos antes de comenzar el acto segundo. Currita la esperaba impaciente, y la falaz exploradora apresuróse á decirle con cierto maligno gustito, que la incógnita en cuestión era una muchacha monísima, de todo el mundo desconocida, á quien acababan de bautizar ellas, por tenerlo muy bien merecido, con el significativo nombre de *La dama de las camelias*.

—Por supuesto, que no se enteraría Carmen de que yo te enviaba,—dijo Currita muy pensativa; y Leopoldina, con el hociquito fruncido y los ojitos entornados, como quien se ofende de la pregunta, contestó:

—¡Mujer!... —¿En qué cabeza cabe?... ¿Acaso soy yo boba?...

Comenzó el acto: Villamelón segña indigestado, Currita emberrenchinada y con el rabillo del ojo alerta; Leopoldina que era en efecto aficionada é inteligente, sin perder una nota, y el tío Frasquito, que allí se había quedado, muy satisfecho con hallarse al lado de Leopoldina, una de las sobrinas espurias á que más predilección mostraba, por su *allure* varonil y decidida, y sus excéntricas genialidades.

En el palco del Veloz, habían quedado solo los Diógenes y Jacobo, despatarrado aquel

frente al público, como si quisiera indicarle que todo él junto no se le importaba un comino, mirando éste sin cesar, como un cadete, al palco de la dama de las camelias. En la escena, Dinorah, la pobre loca, cantaba la bellísima aria que la inspira su propia sombra proyectada en el suelo por la blanca luz de la luna, una de las más felices inspiraciones de Meyerbeer, que interpretaba admirablemente la entonces célebre Ortolani.

Cambió la escena de pronto, y la cascada, el precipicio y el torrente, arrancaron un murmullo de admiración á los espectadores, que pocas veces habían contemplado en aquel género, una obra de arte tan acabado y tan bella. Hóel quiere obligar al gaitero Corentino á buscar el tesoro en el fondo del precipicio; de nuevo el cielo se encapota, y entonces aparece otra vez el terrible Mayerbeer, el genio de los *Hugonotes* y *Roberto el Diablo*, que sabe describir con las ocho notas del pentágrama, toda la rabia de los elementos y todos los furios del corazón.

De improviso rompe la orquesta bruscamente la cadencia, rugen los contrabajos estrepitosamente, las flautas dejan oír agudos silbidos, el metal, desencajado, truena con espantosa viotencia, los tímboles redoblan convulsamente... Ya no parece aquello una tempestad, ni un huracán, sino un cataclismo que amenaza desquiciar la tierra; y en aquel momento, el supremo de la ópera, apareció por entre las cortinas de terciopelo carmesí que

cerraban el fondo del palco de Currita, una cabeza peluda y cetrina, que el tío Frasquito tomó por la de Adamastor, genio de las tempestades, y Fernandito por el bilioso espectro de la indigestión, que evocaban ante él sus jugos gástricos alterados.

Era Butrón, el respetable Butrón que entraba de puntillas, con el dedo sobre los labios, haciendo gestos de que nadie se molestara, y yendo á sentarse en la silla que no obstante su susto y su entripado, se apresuró á cederle Villamelón el lado de Currita.

La tempestad seguía rugiendo: Hóel y Corentino gemían aterrados, y Dinorah, la pobre loca, desencajada, con el cabello flotante y el rostro iluminado por la luz de los relámpagos, desafiaba la furia de los elementos, dominando con su voz pura y vibrante, los roncós estampidos del trueno y los estridentes alaridos del viento, que encubrieron también estas breves palabras, deslizadas por Butrón al oído de Currita:

—Llegó la hora...—, Concha está con nosotros l...

Escapósele á aquella una leve exclamación de sorpresa, que el tío Frasquito pescó al vuelo; más un azulado relámpago iluminó en aquel momento la escena, un inmenso diseño cromático nacido en las alturas de la orquesta, y resuelto en las profundidades de los bajos en rumor apagado y fatídico, anunció la caída del rayo, y entre truenos y relámpagos y sublimes convulsiones de los instrumentos de

cuerda, escapósele lo que Butrón añadía, pudiendo percibir tan sólo estas palabras dichas por el diplomático con grande insistencia.

—Mañana á las cuatro en casa.....—¡Por Dios! que no faltes, ni dejes de avisar á Jacobo....

La curiosidad hizo al tío Frasquito perder la cabeza, y por querer fiscalizarlo todo á un tiempo, ni vió á Bellak, la cabeza blanca, cruzar como una flecha el rústico puentecillo, ni á Dinorah caer en el fondo del barranco, ni á Hóel precipitarse desesperado en su auxilio, ni á Currita, que ceñuda y apretando con inexplicable rabia las varillas del abanico, decía á Butrón muy por lo bajo:

—¿A Jacobo?...—¿Acaso lo veré yo esta noche?..... Ya ha correteado todos los palcos, y todavía no me ha dirigido un saludo.

¡Ah ingrato!—susurró Butrón.... Corro á traértelo....

Y de nuevo se fué como había venido, de puntillas, sonriendo á todos, haciendo mudos ademanes para que nadie se incomodara, y dejando al tío Frasquito estupefacto... ¡Oh! pues lo que es á él no se la pegaban.... ¿Currita á las cuatro, en casa de Butrón, y avisando ántes á Jacobo? ... Algo gordo sucedía, cuando el prudente Mentor, el jóven Telémaco y la invulnerable Calipso se avistaban en secreto, con la extraña circunstancia de acudir la dama á casa del caballero, y no los caballeros al palacio de la dama, como parecían dictar las más elementales leyes de la galantería.